

la esencia última es perfecta como escalas musicales que resuenan de astro en astro, y resuenan asimismo en el corazón humano... Los caminos de la videncia —en fin— también podrían ser musicales para el poeta Arthur Rimbaud.

Hay un paradigma formidable en su vida que es siempre el umbral de las sorpresas: a los diecinueve o veinte años abandonó la literatura. Lo releemos y no hay otra tentación más poderosa que la de volver a sus páginas. Inevitablemente, uno presiente que la mayoría de los diversos y atormentados rebeldes, visionarios teólogos románticos del apocalipsis y la redención que en el siglo XIX hubo, acaban sentando teorías. Teorías que sirven para convertirse en doctrinas. Rimbaud se nos eclipsa cuando pretendemos explicarlo: después de tan breves años de escritura, es seguro que lo encontramos en la culpa por las inocencias violadas, también en el vómito sobre ciertos estribillos de moda... Sospechamos que por obra de sus intuiciones y de «creer sagrado el desorden de los sentidos» se ahorró bastante del arduo camino andado por otros buscadores. En su obra se presiente una relación estremecedora entre las distintas caras de la numerosa realidad. Es posible que por eso estudiara diversas lenguas, piano, límites de la poesía, matemáticas, y, autoexiliado en África —la maravillosa forma de desadherirse de prejuicios— pretendiera poseer copiosas técnicas manuales en pocos meses.

¿Por qué deja temprano —increíblemente temprano— de escribir? En *Una Temporada en el Infierno* había escrito: «Abandonaré Europa. El aire marino quemará mis pulmones, los climas perdidos me curtirán. Nadar, machacar la hierba, cazar, fumar sobre todo; beber licores fuertes como metal hirviente, como hacían esos queridos antepasados alrededor del fuego. Volveré con miembros de hierro, la piel oscura, el mirar furioso: por mis máscaras se me juzgará de una raza fuerte. Tendré oro, seré vago y brutal».

Allí cumplirá con varias líneas de su programa. Estará a salvo de la miseria, del servicio militar y del parnaso de los literatos ilustres. Se hizo ciudadano de aquel otro mundo; protegido quizá del terrible fulgor de sus propias videncias, quizá menos atormentado por la unilateralidad de su cultura, quizá preparando una dudosa vuelta en mejores condiciones a Europa.

Pero el cáncer acabó prematuramente con su vida a los treinta y siete años de edad, en 1891. Hacia esas fe-

chas, cuando en una ocasión le dijeron que su *Libro de las iluminaciones*, (reunido por Verlaine sin su conocimiento de Rimbaud) se editaba con éxito en París, respondió, «mierda para la literatura». Volvemos a recordar que no había escrito más poesía desde los diecinueve o veinte años. Sin embargo, su vida literaria continúa actual, inexorable, despierta.

¿Es actual Rimbaud?: «Un niño joven, sin patria, sin madre, descuidado de cuanto se conoce, esquivo a toda fuerza moral, como ha habido ya lamentablemente mucha gente joven». Como los jóvenes de las generaciones de la últimas posguerras, canta el fin de las razas y de las fronteras. «Hay que ser muy moderno, siempre muy moderno», proclamó ante esta civilización que él veía muy envejecida, de raíz. Luego, constató, anunció oracular, «el tiempo de los asesinos». No sólo dios ha muerto, sino que han aniquilado nuestra pasión. Por ello hay que desordenar los sentidos. Ciudades, puentes, metropolitanos, hoteles, trabajo, fábricas del mundo que adelantaba, el nuevo evangelio nos arrastra a una pesadilla de humanos paralizados y huecos.

Hay que acostumbrarse a la alucinación simple, y creer sagrado el desorden del espíritu. Occidente lo ha cubierto todo: una civilización que él conoce a pie y en el vértigo de una avidez espiritual que le llevó a las lecturas más axiales, al conocimiento de las ciudades por el corazón. Hay que empezar de nuevo, iniciarse en la sabiduría de esta aventura cuya lujuria creadora debe estar en el caos, en otra legalidad, la de «un yo que es otro». Por ello, quizá desde copiosas décadas, entonces, padecemos la falacia de creernos inventores. Quizá sólo haya un deseo posible en la acción: el de reiventar.

Cuando la parafernalia positivista había imaginado la posibilidad del paraíso a propósito de la ciencia y el progreso, la democracia vigilada y el populismo, Rimbaud es uno de los malditos que alzaron su aullido. Clamor en el desierto. Después de transitar en un viaje alucinante por los oficios, países, costumbres y revoluciones, decidieron abandonar Europa. Marcharon a África, entonces hipotético reino de los salvajes y la incultura. Asumidos decadentes que escribían con un cuchillo en la gorda piel de la costumbre. Ya sabían que las enfermedades indagatorias en la propia realidad, tan occidental y cristiana, arrastraban a las generaciones triunfantes. Quizás hoy tampoco nos hayamos resignado. Pero de inven-

tores no es seguro que tengamos mucho. Ya en el siglo XIX, estos desesperos esenciales sacudían a algunos aventureros. Y la aventura no estaba en los meandros de las agencias de viaje.

Estas reflexiones son a propósito de la biografía de Enid Starkie<sup>1</sup>, por nosotros conocida después de la necesaria, interminable relectura de la obra de Rimbaud. La biografía fue trabajada por su autor desde un libro de 1947, hasta la edición definitiva de 1961. Un libro que en la actualidad no revela piedras preciosas, no es tampoco hijo de iluminaciones subsecuentes al toque rimbaudiano; es fruto de la pesquisa, de una cuidadosa disciplina que indaga no sólo en el poeta sino en su mundo, e inscribe la obra del autor dentro de el acontecer vital de cuando se escribió. Nos cuenta la tala de árboles practicada por los franceses para frenar la entrada del ejército prusiano, y las emociones de Rimbaud ante la pérdida de su entrañable bosque de tilos; la probable vejación sexual que padeció antes de escribir «el corazón robado»; la conexión de los colores con las vocales propuesta por el poeta para su alquimia del verbo, que encajan perfectamente con la gradación dada por los alquimistas para el proceso de transformación de la materia (desde el negro, pasando por el amarillo, el rojo, hasta el verde y el azul).

Enid Starkie ha sabido encontrar ordenadas claves, enriquecedoras, para la lectura de Rimbaud; nuevas lecturas de este poeta siempre enriquecedor. En la biografía se sospecha que la formación ocultista le abrió una enorme brecha en la cultura oficial; compatibilizó la inocencia del genio con ideas anteriores al cristianismo y afines a una tradición demiúrgica. A la vez que colma nuestras curiosidades el asombroso rastreo que, en conjunto, se ha realizado sobre su vida. Se han consultado opiniones de remotos contemporáneos de colegio y bohemias, así

como los recuerdos familiares compilados por su hermana Isabelle y por Berrichón, convertidos en escritores para fisgar historias del poeta, fallecido muchos años antes. Quizás el mejor mérito del libro (como en numerosas biografías hechas por ingleses) reside en la disciplinada objetividad, y en su flemática, detectivesca búsqueda de los pasos perdidos del poeta. Ya la elección de la ilustración de la portada nos parece un acierto acerca del significado del libro: Siruela nos pone allí una fotografía de Rimbaud tomada por él mismo en Harar, año 1884. No el niño, el adolescente con la voz más hermosa de la poesía contemporánea francesa, sino el aventurero vendedor de café, traficante de armas y probablemente de esclavos. El caminante infatigable con gesto de dandy y de místico, en la remota Abisinia. La biografía de Starkie se propone y logra darnos una semblanza de Rimbaud, del poeta y de su vida más larga que los trazos dejados por su pluma silenciada antes de los veinte años.

Sí nos incomoda una especie de desprecio por los lectores extraños al dominio de la lengua francesa. La mayoría de las citas de Rimbaud se han realizado sin traducción, al mismo tiempo que numerosas reflexiones, apostillas, curiosidades. Habiendo varias ediciones en castellano, pensamos que los editores podrían haberlas introducido, a elección, en las bastardillas destinadas a los que por «bastardos» no leen el francés.

Por lo demás, la edición es bella, generosa en su aspecto gráfico y de obligada consulta para los que con tanto temblor amamos la obra de Arthur Rimbaud.

**Rafael Flores**

<sup>1</sup> Enid Starkie, *Ediciones Siruela, Madrid 1989*. Arthur Rimbaud.



# El último Arguedas: testimonio y comentario

**E**n las primeras líneas de la «Introducción» a su edición crítica de *El zorro de arriba y el zorro de abajo*<sup>1</sup>, la novela póstuma de José María Arguedas, Eve-Marie Fell recuerda las circunstancias del suicidio del autor; ocurrió a finales de 1969, cuando el Perú «había entrado en la primera fase de un régimen militar que habría de cubrir un decenio, y su entierro, aunque seguido por una imponente muchedumbre, no dio lugar a las ceremonias y homenajes oficiales que se podían esperar, tratándose de uno de los creadores peruanos más originales desde Vallejo» (p. XXI). Puede decirse que con ese mismo multitudinario entierro comenzó tanto la mitificación de Arguedas como la deformación de su figura intelectual; el «secuestro» del cadáver de un gran escritor no esperó siquiera a que la tierra sobre su tumba estuviera seca. Lo puedo decir con algún derecho: yo estaba entre los concurrentes a ese entierro. Los motivos de esta extraña historia están íntimamente ligados al libro cuya edición motiva este comentario; es más: impregnan las mismas páginas de esa torturada y reveladora novela. Creo, por lo tanto, que debo comenzar dando mi testimonio personal del último Arguedas.

## 1. Testimonio

Cuando un personaje importante muere (y más en las circunstancias en que ocurrió la muerte de Arguedas), saltan al primer plano los que se reclaman amigos íntimos y herederos legítimos de su pensamiento o acción. No reclamo esos títulos: no puedo llamarme amigo *íntimo* de Arguedas (como lo fueron, entre otros, el poeta Emilio Adolfo Westhaplen, el lingüista Alberto Escobar y, en los últimos años, los críticos Pedro Lastra y Angel Rama), pero sí tenía con él una relación amistosa que duró largos años y que pasó por diversas etapas. Fue un vínculo entrecortado por largas pausas pero siempre renovado; Arguedas vivía además en las afueras de Lima, lo que hacía difícil poder verlo con frecuencia. Solía encontrarlo en las siempre cálidas reuniones de la llamada «Peña Pancho Fierro» (el nombre era un homenaje a un artista popular del siglo XIX), que era el refugio que Celia Bustamante, su primera esposa, y Alicia, su cuñada, mantenían abierto para que Arguedas pudiese reunirse y dialogar con escritores, artistas, simples amigos e intelectuales de las más diversas tendencias. Allí estuvieron alguna vez Christopher Isherwood, Pedro Salinas, León Felipe, Louis Jovet, Rufino Tamayo, Carlos Fuentes, Pablo Neruda y tantos otros; allí, los limeños podíamos admirar, sin necesidad de viajar a los pueblos de la sierra, la más notable colección de arte popular que había en la ciudad; allí escuché música andina que nunca antes había escuchado y vi bailar la acrobática e hipnótica danza de tijeras que él inmortalizaría en su cuento *La agonía del Rasu Ñiti*. La Peña era un lugar de encuentro de personas, pero también, y sobre todo, con un Perú marginal que muchos apenas conocíamos.

Mi amistad con Arguedas comenzó hacia 1958, el año de *Los ríos profundos*, su más admirable novela. Yo había escrito una nota sobre el libro y Arguedas me llamó por teléfono, muy conmovido, para agradecerme; pocos meses después viajábamos juntos, en un vapuleado avión militar argentino a Buenos Aires, junto con Ciro Alegria. En el hotel, compartí un cuarto con Arguedas; la convi-

<sup>1</sup> José María Arguedas, *El zorro de arriba y el zorro de abajo*; ed. crítica, Eve-Marie Fell, coordinadora. Madrid: Colección Archivos, 1990, 462 pp.